LA POESIA DE MIGUEL VALDIVIESO

POR

FRANCISCO JAVIER DIEZ DE REVENGA

Posiblemente una revisión de los poetas del 27 quedaría incompleta si no se tiene en cuenta la figura del poeta murciano Miguel Valdivieso (1893-1966). Su obra es muy poco conocida sin motivo alguno en lo que a calidad se refiere. La causa de tal olvido reside quizá en que publicó pocos, muy pocos poemas, a lo largo de su vida y siempre en revistas muy minoritarias entre las que hay que destacar *El Molino de Papel*, fundado en Cuenca por él y otros poetas de aquella tierra como Eduardo de la Rica, Vaca Page y Amable Cuenca. También publicó en la revista universitaria murciana *Monteagudo* (1) y muchos años antes en *Sudeste* (2), aunque en este caso sus colaboraciones son prosísticas o críticas.

También explica el injustificable olvido de este poeta, el hecho de que sus poesías completas, por las que hoy puede ser reencontrado, se publicaran en Cuenca, aunque en una colección de renombre poético como es *El toro de barro* (3), dirigida por el poeta Carlos de la Rica, al que sin duda hay que agradecer que poeta y obra permanezcan hoy ante el lector en un precioso y bien editado volumen. De él se destaca un significativo prólogo de Jorge Guillén, que cumple su propósito de presentar esta *Obra completa* con la solvencia y el acierto esperados del prestigioso poeta.

Nació Miguel Valdivieso Belmás en Cartagena en 1893 y murió en

---

(1) *Monteagudo*, revista de la Cátedra Saavedra Fajardo de la Universidad de Murcia, fundada y dirigida entonces por Mariano Baquero Goyanes, publicó de Miguel Valdivieso «Homenaje a Góngora», núm. 30, 1960, y «Dos sonetos a Lope», núm. 24, 1961.

(2) *Sudeste*, Cuaderno Murciano de Literatura Universal, dirigido por Raimundo de los Reyes, José Ballester, Antonio Oliver, Juan Lacomba y Antonio Para-Vico, publicó de Miguel Valdivieso «Nuestras letras: Remarque novelista ejemplar», n.° 2, octubre 1930, y «Nuestras letras: De don Pedro a don Antonio», n.° 4, junio 1931. Vid. FRANCISCO JAVIER DIEZ DE REVENGA: «Miguel Hernández y el grupo murciano de la revista *Sudeste*», *Murgetana*, 50, 1978, págs. 5-46.

(3) MIGUEL VALDIVIESO: *Obra completa*, prólogo de Jorge Guillén, El Toro de Barro, Carboneras-Cuenca, 1968.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

Madrid en 1966. Nunca salió de España y residió además de en su ciudad natal, en Murcia desde 1920 hasta el final de la guerra, y luego, debido a las circunstancias derivadas de la contienda, en Tarancón y en Cuenca. Lo que de él sabemos, nos lo dice Jorge Guillén, que lo conoció en Murcia en los años de *Verso y Prosa*, en la que Valdivieso no colaboró. Era funcionario de Correos como José Ballester, y con él colaboró en *Sudeste*, «Cuaderno murciano de literatura universal» muy efímero (1930-1931), junto a sus primos Antonio Oliver y Carmen Conde.

Carlos de la Rica, en un artículo reciente titulado «Viaje por Miguel Valdivieso», evoca la figura del poeta con significativas palabras: «Menudo, disuasivo, incisivo, con los pies de algodón, sin ruido, mínimo Don Miguel. Todos los días desaparecía entre papeles que circulan y van de un lado a otro, cruzando geografías, porque su empleo y modo de ganarse la vida estaba en Correos. Verle entrar y salir del edificio era difícil porque su humildad le hacía invisible [...]. Llegó de Tarancón en donde la depuración le llevó por poseer otras ideas, por pensar distinto de los ganadores. Y traía una carga de luz mesurada que iba a estallar plena en la ciudad donde reside el diamante duro de la belleza misma» (4).

Por lo que nos dejan escrito todos estos escritores debía de ser un hombre «en el buen sentido de la palabra, bueno», como cantaba Antonio Machado. Era muy benévolo con los demás y muy exigente consigo mismo, lo que produjo el autodesprecio de una obra que, leída en su versión completa, resulta de una gran belleza y calidad. Su formación es como la de muchos poetas españoles, la del lector que, sin maestros, se instruye también en la conversación. Nos cuenta Jorge Guillén que Valdivieso empieza admirando a Rubén, pero luego, como buen poeta del 27, vuelve los ojos hacia los clásicos del Siglo de Oro, la gran escuela en la que tanto aprendieron los poetas de su tiempo.

Su devoción por Góngora y Lope queda probada a través de algunas composiciones que figuran en su *corpus* poético, y que vieron su primera publicación en *Monteagudo*, en 1960 su «Homenaje a Góngora» y en 1961 sus «Dos sonetos a Lope», que figuraban junto al artículo «Lope Sacerdote», publicado por su primo Antonio Oliver en el mismo número de la revista murciana.

En la época de Cuenca y de *El Molino de Papel* se percibe su admiración por la poesía cordial de Unamuno y la de Machado, aunque su gran maestro es el Jorge Guillén de *Cántico* y de *Clamor*. El propio poeta

(4) CARLOS DE LA RICA: «Viaje por Miguel Valdivieso», *Diario de Cuenca*, Cuenca, 15 de noviembre de 1977.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

vallisoletano en su prólogo reconoce entrañablemente la influencia de su obra en Valdivieso. «La compañía de aquel libro [se refiere a *Cántico*] contribuye a establecer la propia personalidad, y aquella influencia fue asimilada y superada. Acorde a su época buscó siempre la concisión sin extremar la elipsis. Si cultivó la imagen con agilidad, no fue nunca número de circo metafórico. Su interés apasionado por la realidad inmediata le pone en relación con los escritores de los tristes decenios». Y entre éstos destaca Guillén el afecto, la admiración hacia otro Miguel, hacia Miguel Hernández su casi paisano (5).

La vinculación del poeta a lo que venimos llamando generación del 27 es muy clara, como podemos advertir a través del espíritu de su poesía. Afortunadamente tal relación ya ha sido puesta muy de relieve en un artículo de Luis Jiménez Martos aparecido en *La Estafeta Literaria* dedicada a la generación del 27 en su centenario, que el autor titula «Valdivieso, Laffón, Oliver y algunos otros autores de los años veinte» (6).

De cinco obras se compone el libro de Valdivieso, es decir, sus poesías completas: *Destrucción de la luz, Sino a quien conmigo va, Números cantan, Los alrededores* y *Formas de luz*. Cada una de ellas observa un distinto enfoque, aunque las cinco juntas constituyen un todo unitario en el que se percibe la predilección por ciertos temas —sobre todo por la luz y la existencia del hombre— y por las formas desnudas, desprovistas de inútiles adornos.

Destrucción de la luz se abre con un verso de Fray Luis y una oración. El verso, «Un día puro, alegre / libre quiero»; la oración, bajo el título «Pregunta» es sincera y recuerda la impulsiva verdad de las oraciones de Lope de Vega, aunque la entereza de la fe sea distinta (pág. 30) (7).

Señor, por ti pregunto,
dime la hora, el sitio y las señales,
que he de saber quién eres,
verte llamar a mi portal sin nadie.
Con los otros
ni te veo ni puedo hablarte.

Poemas como éste marcan la pauta de lo que será la obra, llena de preocupación por temas trascendentales del hombre, los que han preocupado secularmente a nuestros autores. Hay que señalar, sin embargo, que

(5) JORGE GUILLEN: Prólogo a *Obra completa* de Miguel Valdivieso, págs. 13-14.

(6) LUIS JIMENEZ MARTOS: «Valdivieso, Laffon, Oliver y algunos otros autores de los años veinte», *La Estafeta Literaria*, núms. 618-619, 1977.

(7) La paginación que en adelante se indica se refiere a la edición citada en nota 3.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

no es la de Valdivieso, una reelaboración de la lírica tradicional, sino que su acercamiento a estos temas depende de una preocupación personal. El mismo título del libro aduce con claridad la postura concreta del autor: una luz destruída, que es como una no-visión del mundo. Si el libro habla de destrucción de esa luz, alude a la pérdida de la claridad, de la visión de la verdad.

Por eso, en este libro de título dramático, y para Valdivieso más aún, por ser un gran preocupado de la luz, se observan la presencia de temas como la muerte, el paso del tiempo, la esencia del hombre, la soledad o su preocupación por España, frente a los otros libros del poeta.

Un poema titulado «Fosa común» es muy interesante por recoger la corriente tradicional del sentido igualitario de la muerte, a través de la contemplación de una fosa común en la que andan revueltos los huesos de unos y otros (pág. 40):

El hombre abstracto a solas
con sus huesos.

La inconcreción, la abstracción del mundo posterreno es característica, y el desprecio de las vanidades vuelve a aparecer. Con el sentido social está también presente el sarcasmo crudo (pág. 40):

¡Qué confusión de bodas
inesperadas!

En cualquier caso, son otras las preocupaciones que embargan el ánimo de Valdivieso, también en correspondencia con la propia naturaleza de la vida humana. El paso del tiempo, sentido en distintos y variados aspectos de la vida, es una de las constantes de este libro del poeta.

En «Los hijos» presiente de manera muy ascética cómo se pasa la vida (pág. 45):

Las ventanas de ayer están cerradas,
consumidas las velas,
los corredores negros y vacíos.
Ancha tierra a los huesos
que se pudren debajo del armario.
Yo, yo sólo soy.

El mismo tono o sentido es perceptible en un romance que, por su título, podría parecer bastante ajeno al tema. El poema «Lectura» recoge el reflejo del paso del tiempo en imágenes salteadas (pág. 54):

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

Vamos contando los días,
que los años ya se fueron.

Lo que nos enseñan los libros no es sino el pasado, lo que ya ha transcurrido:

Pero ahora nada se sabe,
si el árbol da un fruto nuevo,
si nos saluda el vecino,
si somos vivos o muertos.

Las mutaciones causadas por el transcurrir del tiempo serán también objeto de la meditación de Valdivieso en otro poema que revela su preocupación en este terreno («El otro día», pág. 86):

El otro día
ya no ha de ser el mismo
en que ahora escribo y leo.

Los cambios de existencia y el sentido irreversible del destino son otros de los aspectos que Valdivieso ejemplifica con sencillas imágenes de objetos recogidos de la vida cotidiana. A veces la sencilla verdad de estos breves pensamientos recuerda los proverbios de Antonio Machado:

El otro día
no encontrará su asa el cántaro
ni su mujer el hombre
ni el manantial su agua.

El poema en su totalidad ofrece un ritmo reiterativo, insistente, basado en la repetición de las palabras que empiezan muchos períodos paraestróficos. «La vida a hombros», otro poema de este mismo libro, también deja sentir la misma preocupación esta vez encajada en un reiterativo ritmo neopopularista o de tipo tradicional (pág. 96):

Se llevan la vida a hombros
cuatro relojes ardiendo.

La repetición insistente del verso «se llevan la vida a hombros» se desarrolla en un contexto muy irregular, en el que los versos riman en asonante alterna de acuerdo con los esquemas métricos tradicionales.

Tal preocupación por el tiempo culmina en el poema «Río abajo», también relacionado con el tema de la muerte (pág. 100).

Ya no tenemos tiempo.
Otros harán lo que no hicimos.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

No mires a la calle ni al reloj,
contempla el río.

La comparación del río con un cadáver que llevan a enterrar es suficientemente expresiva, por la fluidez de los días, por la imposibilidad de volver atrás, por lo imparable de su curso. El verso final es conclusivo y define bien su preocupación por el más allá:

Pero nunca se vuelve.

Dentro del mismo tono meditativo sobre la vida, está su preocupación por la esencia del hombre, observable en numerosos poemas y versos o menciones aisladas. «Hombre de ceniza» es una composición profunda que se pregunta por la esencia del hombre ante el fluir del tiempo, la relación amorosa o la permanencia en el mundo. El comienzo del poema lo inscribe en un contexto metafórico típico de los modos expresivos de los poetas del 27 (pág. 49):

De pronto el agua se ha sentido herida
y el árbol, sin su fruta más lograda,
celoso de otro ser hecho de viento.
Y es que ha nacido esta mañana un hombre.

La conjunción hombre-ceniza es sumamente reveladora de la intención escética del poeta que culmina en el cuarteto:

Es el hombre cubierto de ceniza
que necesita el barro para amarse
sostenerse de pie, coger el mundo
y lanzarlo a rodar por el espacio.

Quizá el momento en que este interés por la esencia del hombre tiene una mayor entidad sea en la colección de cuatro sonetos que con el título «Canto a tres voces y un silencio», y los títulos particulares de «Habla el hombre», «Habla la mujer», «Habla la tierra» y «Calla la muerte» recuerda la estructura de las danzas medievales de la muerte.

En el parlamento del hombre, vuelve a plantearse metafísicamente su esencia, para acabar considerándole —dentro de la más genuina tradición castellana— (pág. 51):

Un hombre con su cauce o su desvío,
como soplo de aire, agua de río,
que aproxima su muerte a cada paso.

Son tres voces clamando en el vacío,
tres hojas secas en el mismo vaso.
La aurora, el mediodía y el ocaso.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

En el parlamento de la mujer, ésta expresa su vinculación a un nacimiento lleno de luz, preocupación esencial en la poesía de Valdivieso:

Yo nací para ser luz poderosa,
para dar a los hombres la hermosura.

El ritmo de la «danza» queda plasmado en la realidad poemática cuando, a continuación, interviene la tierra, que intercede como materia creadora del hombre que luego vuelve a él, para finalmente preguntarse, una vez más, por la esencia de la criatura:

Yo quisiera saber a qué sabía
el amor, la tristeza, la alegría.
Lo que era la criatura y ya no es.

El final del diálogo no va a ser «Habla la muerte», sino «Calla la muerte», como expresión de un deseo absoluto de identificación con el silencio. El poeta reitera su preocupación por la existencia, en este caso, por su final, por la muerte, identificada en el segundo cuarteto con la noche —como antes lo había hecho con el silencio—:

La muerte no le dice a nadie nada
de lo que ha sucedido en la otra orilla,
en la desoladora pesadilla
de una noche voraz sin madrugada.

Pero siempre aparece la fe del poeta en Dios tal como se resuelve en el último terceto:

¡Qué poco le quedó sin ti, Dios mío!
Un impuro silencio, un terco frío,
un desnivel, una impotente hora.

Un poema de gran interés referido a la existencia y esencia del hombre, es el titulado «El forzado», cuyos versos figuran al final del libro (pág. 104):

Tiene que persistir, ya no hay remedio.
Lo pusieron de pie sobre la tierra.
Y lo dejaron solo en el espacio
Sin distinguir el agua de la arena.

El hombre obligado, el hombre «forzado» desde su creación es el que aquí evoca Valdivieso, a través de su camino por la vida que van trascurriendo sin cesar. Termina nuestro poeta con la idea antes elaborada:

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

Y ha de vivir como un poco viento.
Forzoso es respirar el aire cerca.
Es aire del que hace Dios un hombre
Y lo sostiene a su pesar en vela.

Esta sería, por tanto, una de las tonalidades más definitorias del libro *Destrucción de la luz,* que así queda configurado como un poemario intensamente humano, en el que la preocupación por el hombre, por sus grandes problemas e inquietudes ocupa un lugar de preferencia.

Habría también que señalar la decidida ausencia de adornos expresivos, de acumulaciones de efectos musicales o de un lenguaje excesivamente simbólico o figurado. Tiende más bien, y es un signo de toda su obra, a la forma sencilla, aunque elaborada con cuidado y rigor y, a veces, incluso refugiada en los modos de la lírica popular de tradición castellana, en la poesía de tipo tradicional, como hicieron tantos poetas de su generación. Con anterioridad hemos señalado algún fragmento que podía servir de ejemplo. En algún poema llega a percibirse un cierto influjo de García Lorca, en el gusto por el paralelismo, por los contrastes armónicamente establecidos (pág. 42):

Entro, salgo.
Soledad
en negro y blanco.

En otras ocasiones la línea expresiva de Valdivieso se acerca al arte de vanguardia. Así por ejemplo, «La lluvia» se inscribe en formas de expresión impresionista-ultraísta al referirnos animales que «mueven sus colores sobre la tierra» o superrealista cuando «la ciudad entra a solas en el baño». En «Caza mayor» las tonalidades vanguardistas nos acercan a un tipo de poesía relacionable con Dámaso Alonso y sus *Hijos de la ira* (pág. 36).

Decid cómo se cazan las sirenas
y se aniquilan los insectos.
No tenemos el orden que separe
la paloma del cuervo.

Tenemos sólo tierra entre los dientes,
una ventana abierta al esqueleto,
fuerzas para el amor
y amores sin empleo.

Pero hay que notar que el contexto seudo superrealista en que se desenvuelve esta poesía, es profundamente humanizador, como era la obra

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

de Dámaso Alonso, expresiva de una fuerte preocupación por el hombre de nuestro tiempo inmerso en una sociedad adversa.

En este sentido, destaca también en la poesía de *Destrucción de la luz* una temática en la que coinciden otros poetas de su tiempo: el García Lorca de *Poeta en Nueva York* o el Guillén de *Y otros poemas*, libros alejados en el estilo, la expresión y el tiempo, aunque comunes en 'a inquitud por la agobiante cultura de la sociedad de consumo. El poema de Valdivieso «La bolsa» es bastante revelador en lo que se refiere al poderío de dicha sociedad (pág. 89):

Sube el pan y baja el frío.
La luz gana extensión y pierde peso.
Sube el marco —y desciende la pintura—.
Sube la realidad y baja el sueño.

Hambre para la sed, sed para el hambre.
El desconcierto
entre lo vivo y lo pintado está
que no le llega la camisa al cuerpo.

El final del poema se desenvuelve entre la ironía, la desesperanza y el rencor hacia este mundo que nos hace perder la naturalidad, expresados en el grito.

Tiremos los relojes a la calle.

En cualquier caso, este primer libro de Valdivieso está constituido por una serie de temas no exentos de un dramatismo que justifican el título de *Destrucción de la luz*. Y realmente su inquietud por la luz, evidente a lo largo de toda la obra ocupa un primerísimo lugar en este libro inicial de las obras completas, que se refleja a través de múltiples referencias aisladas. Tales evocaciones culminarán en el libro que cierra la colección *Formas de la luz*.

Léanse si no estos versos espigados de distintos poemas del primero de sus libros, cuya paginación indicamos:

de silencio común, luz sin ceniza (40)

... ...

manando su luz natal (70)

... ...

ni una luz que no padezca (92)

... ...

Hay una luz que se entra por los ojos (93)

... ...

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

Y a perseguir la dura luz del viento (96)

... ...

La luz nada le dice (99)

... ...

La luz de cada día. Las ventanas (104)

... ...

Acongoja a la luz de la mañana (117)

... ...

La intensa atención a la luz, que sin duda se relaciona con la naturaleza mediterránea que ha grabado en sus ojos la claridad y la brillantez, emparenta a Valdivieso con el que quizá es su más inmediato maestro, el poeta Jorge Guillén, que con el tiempo hubo de convertirse en su atento prologuista. Tal hecho explica que la influencia del poeta vallisoletano esté en el prólogo de la obra de Valdivieso, lógicamente, poco destacada en un claro gesto de cortesía por parte de Guillén. La luz cenital que se siente en alguno de los poemas de *Cántico* acompañada de un pacífico sosiego y reposo, signo de plenitud, se percibe en el poema de Valdivieso «Cántico entre nosotros», dedicado al poeta de Valladolid. La luminosidad es desde luego algo patente y la forma elegida, una décima, cuya contextura estructural revela la admiración y afecto hacia Guillén (pág. 70):

Rotundidad de meseta.
No hay monstruos. Calmas sutiles
Se curvan en los perfiles
De la paz sobre el pecho,
Que ronda Dios al acecho.
¡Qué latido universal
Vino a ser presencia pura,
Por las ondas del Segura
Manando su luz natal.

La referencia biográfica a la estancia murciana de Guillén y la absoluta asimilación de los modos y rasgos estilísticos de *Cántico*, revelan en Valdivieso la admiración por el que trajo la luz de Castilla a Murcia. Admiración que Valdivieso deja ver en la desnudez esencial de su estilo a través de numerosas referencias posteriores, sobre todo en el libro siguiente, *Sino a quien conmigo va*, en el que sus maestros ocuparán el sitio de honor.

Porque este segundo libro es el libro de las admiraciones de Valdivieso, el libro de las personas y personajes que han forjado su estética, su ámbito cultural. Y por eso se abre con tres poemas dedicados a su

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

Miguel Valdivieso, según dibujo de Goñi que figura en la edición de «Obra completa» (Cuenca, 1968)

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

santo, a su tierra y a su maestro, precedidos de unas palabras de Machado que vienen al hilo del contenido:

Se canta una viva historia
cantando su melodía.

La décima escrita para su santo, «A San Miguel», está relacionada con otras poesías del 27 que tienen por protagonistas celestes ángeles y arcángeles. Alberti y García Lorca vieron en los personajes arcangélicos motivos para su obra. Como Alberti canta a su San Rafael para que proteja su amor, Valdivieso canta a su San Miguel para que le preserve de los males (pág. 123).

Con el fuego que arde en ti
guárdame de Dios, primero,
Arcangelito guerrero.
Después, guárdame de mí.

También es una décima el poema dedicado a su tierra y titulado «Aire que me vio nacer», en el que la insistencia en la palabra *aire* le concede un tono repetitivo relacionable con ritmos populares, aunque la construcción de la estrofa sea inexplicablemente culta. El afecto al paisaje natal y la mención de su luz como algo que permanece en el poeta, son obligados (pág. 124):

Aire que puso en mi ser
su luz de miel y de trigo.

El poema dedicado a Guillén en este libro está escrito en cuartetas, aunque de versificación anisosilábica, lo que también le aproxima a un tipo métrico guilleniano. En lo que al tema se refiere, centra la figura del poeta castellano en una estancia europea, y por los versos de este poema campean los nombres de Góngora, Quevedo, Garcilaso y los títulos de las obras de Guillén.

El libro *Sino a quien conmigo va* inicia así una serie de homenajes espirituales a escritores y pintores de la predilección de Valdivieso. Dos son los que dedica a Góngora, y el primero de ellos, constituido por un poema en hexasílabos, es una evocación musical de la juventud alegre del poeta y de su vida en la corte, con referencias a sus temas y formas literarios, aunque en un contexto desenfadado.

El segundo homenaje está compuesto de dos sonetos de corte clásico que tienen por tema la recreación de pasajes pertenecientes a la *Fábula de Polifemo y Galatea*, muy en consonancia con los gustos de todos los poetas del 27 (pág. 131):

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

Y Acis ahora convertido en río
dialoga con las aguas y los peces,
les habla del amor, cómo otras veces
cedió a su bonancible poderío.

Su cuerpo, hecho retórico desvío,
ya no te huye, Cíclope, si creces
encima de la piedra y te embraveces
a la vista de un tálamo sin frío.

Acis evoca por el agua el fruto
del labio vegetal, dueño absoluto
del tiempo que en la ninfa se recrea.

Y les refiere al cauce, al pez, al remo
la soledad del hombre en Polifemo,
la ventura del cisne en Galatea.

Hay también una evocación de Garcilaso titulada «El castillo de Batres», con ecos de la lírica del poeta toledano (pág. 132):

Sueña un niño
con batallas,
con torres
y con palabras.
Con pastores y rebaños;
fuentes, lágrimas.

El ambiente reconstruido, no desposeído de cierto romanticismo, es de una tranquilidad y un equilibrio típicamente renacentistas. La presencia de la mole del Castillo en el que Garcilaso pasó su infancia hace al poeta revivir una época y un sentimiento muy característico de Garcilaso: el de la naturaleza.

Los versos se suceden, y de la evocación manchega de una Dulcinea contagiada de la demencia de Don Quijote pasa a una serie de poemas sobre otro gran admirado: Unamuno. Las «Aleluyas de don Miguel de Unamuno» son las primeras, formadas por unos pareados ingeniosos y absolutamente concisos que sintetizan momentos de la vida y expresiones de la mente del rector salmantino (pág. 136):

Para convertir en vivo
lo que no era sensitivo,

fabricaba don Miguel
pajaritas de papel.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

De lo superficial de un gesto pasa pronto al intento de comprensión interior:

El no quería morir
sino eternamente ir.

En este tono se desarrollan todos o casi todos los breves chispazos emocionales que concluyen atendiendo sobre todo al sentido contradictorio de su personalidad:

Y Don Miguel se murió
diciendo que sí y que no.

Sigue a estas aleluyas un soneto sobre el propio Unamuno, en cuyos primeros versos se produce una expresiva anáfora basada en la reiteración del adverbio *no*, expresiva de la personalidad del autor bilbaíno, que cifra en la agonía y en la devoradora pasión de luz y de raíz al viento. Esta alusión coincide con la insistente preocupación de Valdivieso por la luz, aquí trasmutada en admirada inquietud.

Los nombres de *Sino a quien conmigo va* son muchos más y en todos ellos se descubre al maestro admirado, al amigo. Así, hay composiciones dedicadas a Carlos de la Rica —que luego había de ser su editor—, Lope de Vega, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado y Miguel Hernández. Este último contiene el afecto al tocayo y casi paisano, que se enlaza con la comunidad poética y paisajística de ambos poetas, siempre sentida desde el motivo de la luz (pág. 150):

He bebido en tu luz, mordí tu fruto
Y he plantado en tu huerta.

También ocupan un lugar muy importante entre los afectos de Valdivieso los pintores con su arte iluminado. De Zurbarán admira su fidelidad al tema de los frailes y de las cosas cotidianas, con presencia de las gentes del pueblo en su obra sin mixtificación. De Picasso, su vanguardismo, su originalidad, advertida a través de la contemplación de distintos cuadros famosos, que lo convierten en un pintor que «nació en el año 2000». De Velázquez, su inmortalidad, su permanente valor. Quizá de las tres décimas que dedica a «El Primo», «El Cristo» y «Las Meninas», la más viva y descriptiva del arte y el espíritu velazqueños sea «El Cristo» (pág. 158):

Un reposo vertical
entre la base y la altura;
matemática segura
de la hora universal.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

Que en este cirio pascual
arden la paz, la agonía
y la eternidad al día
del hombre de carne y hueso,
que ya no siente su peso
ni sus alas todavía.

La relación de pintores es más extensa y los cuadros evocados se suceden. Así, del Greco recuerda en un austero soneto octosílabo la quietud e hidalguía de *El caballero de la mano en el pecho,* mientras que de Goya, a través de «La maja», renueva su gracia, audacia y realidad de sueño. Otros cuadros y nombres completan esta poética y pictórica sala de Valdivieso, que nos habla también de la música y su esencia como antes, al recordar a Paul Eluard, buscó la esencia de la poesía (pág. 145):

Te digo, amigo,
que la poesía no es lo que se dice,
sino lo que se toca como el agua.

Números cantan es otro de los libros iluminados de Valdivieso. Desde sus primeros poemas renace con fuerza, con insistencia, la preocupación por la luz. Su soneto bellísimo «Mundo de creación», conectable con la temática de *Cántico* nos ofrece como pórtico del libro un poema de esplendor y de extraordinaria sensibilidad. El entusiasmo predomina y no falta la incontaminada alusión a la luz «plena» y «pura» (pág. 172):

Intima geología ensimismada.
Antes del pez, la flor, la criatura
Ambito de luz plena, de luz pura,
Nacida en el primer día de la nada.

Qué soledad de magia acumulada
Por perfiles de sólida estatura,
Donde olvida su clásica cordura,
Entre el abismo y Dios, la piedra alada.

Pasa un río de siglos por sus simas,
Ensayando latidos, pesos, climas,
Ansia de forma sobrenatural.

Y prosigue en lo inmóvil de su vuelo
Con una ala de roca, otra de cielo,
La creación. —Oh, mundo original.

El mismo tema de creación aparece en el poema «Orden», soneto decididamente admirador del equilibrio de la creación, de todos los com-

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

ponentes del mundo hasta el mismo hombre. Mucho más concreto, y prendido al motivo de unos «pájaros en vuelo» el poema con este título vitaliza y anima la evocación de la obra creadora que antes ha realizado de manera universal. La huella de Jorge Guillén persiste en la forma y en el contenido de esta décima, y la obsesión por la luz permanece en el arte de Valdivieso (pág. 173):

Caudalosa algarabía
de los pájaros en vuelo.
El sobresalto del cielo
es contrapunto del día.
Nos sume desde su altura
la luz entre la espesura
de soledades y arcanos.
Con los pájaros veloces
la tarde, humana en sus goces,
viene a posarse en mis manos.

Hay también, en *Números cantan*, una faceta de la poesía de Valdivieso relacionable con la de otros poetas de su generación. Tal es la evocación de objetos extraídos de la vida cotidiana, de enseres y lugares de la existencia común de cada cual, evocados en entrañable y admirada contemplación. Se consigue así elevar, basándose en un tono cordial y amistoso, la categoría de los objetos vulgares. Así ocurre con «Humo de la chimenea», donde no falta la alusión obsesiva a la luz (pág. 174):

Y huyendo el casero abismo
se eleva sobre sí mismo
al aire libre: su Edén.

Nos recuerdan a su paisano Oliver los poemas de este mismo libro «Bodegón del puchero», «Bodegón de la ventana», «Cántaro», etc., en los que se da vida al afecto por los objetos cotidianos.

Dentro de este conjunto, observado sin duda en un medio rural, hay que destacar un soneto lleno de sensualidad y titulado «Estío», bajo cuyo esplendor se percibe la geometría de un clima luminoso extraído de la propia naturaleza levantina (pág. 179):

El color natural, la forma entera
erigen sus poderes absolutos.
Golosa granazón de hojas y frutos
que inventara anteayer la primavera.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

Colabora con Dios la placentera
persistencia del ser en diminutos
insectos que proclaman disolutos
su apetito de amar por vez primera.

Luz en tropel, pululación en masa
del verano que se entra por la casa
y acumula en redondo el tiempo mío.

Densa morosidad como ninguna,
donde van madurando, una a una,
las horas vegetales del estío.

El sentimiento del paisaje y de la naturaleza se perciben en un clima cálido en el que la luz, como era de esperar, es el gran protagonista junto a una morosidad descriptiva que revela complacencia en el medio natural un tanto mironiana. El tono de cosa vivida y real, sublimada, como se advierte en el tratamiento de los insectos, se percibe también en otros poemas, entre los que destacaría «La vendimia», un vivaz sonetillo de corte muy tradicional. La misma sensorialidad que tantas veces ha reflejado en la luz, ahora gravita sobre los sentidos del gusto y del olfato en este bello canto báquico de nuestro tiempo (pág. 197):

La vendimia es un olor,
una estampa y una fecha.
Y está su ventana hecha
de vino, copla y amor.

Bebe el hombre a su sabor
y en vino canta la endecha
de Cupido y de la flecha
que nos hiere sin dolor.

¡A la bota, bebedores!
¡A las bocas, amadores!
No se quede un labio seco.

Bendito sea mi vino.
El que me alegra el camino
y me disculpa si peco.

Sin duda, la asimilación del carácter o tono popular viene dada por su similitud con las típicas canciones de trabajo, así como por la musicalidad del octosílabo y las incitaciones como «A la bota, bebedores», de tan clara resonancia tradicional.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

Gran parte de la vida de Valdivieso se desarrolló en Cuenca provincia y capital y, los últimos años en Madrid. Tales residencias habían de dejar en el poeta muy profunda huella, moldeada en el afecto entrañable hacia los bellos paisajes, especialmente de la ciudad de Cuenca. Por eso, el libro titulado *Los alrededores* está presidido por la evocación de las dos ciudades en sus paisajes, en sus gentes.

Los alrededores se abre con un romance a dos ríos, el Júcar y el Huécar, y con una evocación conquense muy relacionada con la generación del 27, el soneto «Damas de piedra», que une los nombres de Dámaso Alonso y de Góngora en una dedicatoria expresiva de un efecto muy de la época: «Para Dámaso Alonso que descubrió en la Hoz del Júcar «las damas de pedernal vestidas» gongorinas». Inmediatamente, el poeta dedica una serie de composiciones a «Cuenca y su expresión». El afecto hacia Cuenca de Valdivieso ha sido destacado por el poeta Carlos de la Rica en un reciente trabajo, uno de los pocos que componen la bibliografía sobre el autor de Cartagena: «Pienso que uno de los mejores cantores de Cuenca lo fue Miguel Valdivieso, que se iba tan callado como había venido, sin espumas ni enseñas» (8).

Las estampas conquenses se abren con «La ciudad encantada», poema de amplio verso alejandrino, evocador de los inexistentes seres sin vida de la pétrea ciudad pero bellos como un sueño. El verso final (pág. 219):

sólida muerte en pie, la piedra sufre un sueño

condensa el sentido de todo el poema.

En otra composición, glosa las excelencias de la patrona de Cuenca, Virgen de la Luz, que coincide en su nombre con la siempre fuerte pasión de Valdivieso por la luz. Se trata del soneto «Tú nos salvas», en el que la belleza de la analogía luz-claridad-salvación, viene concentrada y expresada a través del segundo cuarteto (pág. 221):

Tu luz es un camino paralelo
al secreto fluir de las verdades.
Oh luz amanecida en soledades
con figura de sol y alma de cielo.

Madrid es el otro polo de atención final de Valdivieso en esta visita a «los alrededores», y su atención se centra en los monumentos conocidos como la Puerta de Alcalá, la Plaza de Neptuno, etc. Pero hay un poema distinto del conjunto a que pertenece, y quizá inspirado por la

(8) CARLOS DE LA RICA: «Miguel Valdivieso, la expresión de Cuenca», Revista *Cuenca*, de la Diputación, n.º 11, Cuenca, 1977.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

realidad madrileña que titula «Los sucesos». En él se percibe cierto aire vanguardista, cierto tono de superrealismo, allegado, como en otros poetas del 27, a la nota de desagradable modernidad de la gran urbe. Fundamental es también el sentimiento final de la muerte (pág. 233):

Sucede que hay un pez vivo en el aire
y las damas lo ven y se pasean
sin mirarse en sus aguas, pero sienten
un fuego alucinado en la cadera.

Sucede que del muerto nace un árbol
con la hoja ofrecida y de sus frutos
se alimentan las líneas y los pesos
que mañana serán ángeles mudos.

Sucede que a la calle sale un río
de invencible caudal sobre el asfalto
y se sube a la torre de la iglesia,
saludando a la muerte en los tejados.

Sucede que la luz no tiene prisa
y se acerca midiendo las palabras,
a la sombra que a tientas le persigue
para crear el mundo de la nada.

Sucede que el amor cuenta los pasos
del grano de la arena en dulce apuro
y el cielo desemboca en la inocencia
aún desconocida del desnudo.

Sucede que el espejo se nos rompe
sin que nadie lo mueva de su sitio
y el techo le pregunta a las paredes
por el húmedo espacio que se ha ido.

Sucede que el cristal de la ventana
copia un cuerpo desierto, exacto y solo,
que vacila en el quicio de la puerta
y la tierra lo pide por esposo.

No falta, poco más adelante, en estas visiones paisajísticas, la presencia del contorno marinero de los molinos del Mar Menor. Naturalmente la evocación está prendida al recuerdo infantil y el tono es el mismo de sencillez y cotidianeidad que hemos visto en otros poemas. La forma vuelve a ser la tan reiterada del soneto octosílabo muy del gusto del poeta. El poema se titula «Molinos de Levante» (pág. 236):

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

Sobre la línea costera,
molinos del Mar Menor
que vuelan alrededor
del olivo y la palmera.

Los de nuestra edad primera
hecha de brisa y ardor.
Los que muelen con temblor
la arboladura velera.

El molino que es trabajo
y sensualidad marina
recibida por esposa.

El molino que contrajo
matrimonio con la harina
y el espectro de la rosa.

El libro *Los alrededores* supera pronto los límites que le marca el título, si se entiende en el sentido geográfico, para pasar a un más amplio concepto de alrededores vitales. Por ello, vemos sucederse infinidad de temas y motivos que revelan la inquietud por todas las cosas de su autor. Así, desde una visión irreal de un concierto, hasta la llegada del año nuevo, que canta con estilo aforístico. Sin duda, el paisaje, con sus variedades de luz, sigue siendo objeto del máximo interés del poeta que vemos ante las hojas amarillas del otoño, ante el brillante espectáculo de los pájaros en vuelo, que ya había cantado en uno de sus libros precedentes.

Aparecen temas nuevos como los toros, pero en visión muy original en «El reloj en la arena» y «Coso vacío», y reaparecen los entrañables temas religiosos en unas seguidillas a San Miguel o en las glosas de unos temas marianos.

Sigue percibiéndose en algunos poemas el afecto por Guillén, su indiscutible maestro. *Cántico* vuelve a ser motivo de comparación y de recuerdo al leer poemas como «El silencio», que ofrece un momento de plenitud sosegada, de quietud en orden (pág. 249):

Se para el tiempo en mi mano
Y abre su silencio íntimo.
Qué bien se ajusta a la forma
Cansada de mi dominio.
En el Universo cede
Hasta el rumor de río.
¡Qué naturaleza en orden!

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

Cada hora puesta en su sitio,
Cada planeta en su cielo,
Cada peso en su equilibrio.
Me siento nacer en este
Silencio definitivo.
En este claro silencio
Que pone a Dios por testigo.

El último libro lleva en su mismo título la imagen de la luz, que tanto obsesiona a Valdivieso. *Formas de la luz* es algo más que una simple denominación, ya que en la poesía de este libro postrero se insiste quizá más que nunca en una temática de aire libre, de puertas abiertas a un entorno natural y paisajístico siempre lleno de luz, aunque ese ámbito sea en alguna ocasión nocturno, pero iluminado por una luna brillante.

El libro se abre con un conjunto de tres décimas que llevan por título general el mismo del libro, *Formas de la luz,* y por títulos particulares «Mediodía», «En la sombra» y «Luz en el frío», que son como tres momentos, tres modos de observar y expresar la luz. El tema será motivo de insistencia a lo largo de la obra y llegará a aparecer en otros poemas que lo contienen y no como motivo central. Así, por ejemplo, en «Amor en pleno», uno de los pocos poemas amorosos de Valdivieso, se hace alusión a esta preocupación (p. 315):

La mujer cuando ama
La luz contempla.

Llenas de luz están las composiciones sobre temas paisajísticos y naturales, que son numerosas en el libro final. Todas ellas se hallan presididas por la laxitud y el sosiego del contemplador apasionado del orden natural. «Cumbre», «Estío con nube», «La montaña» —relacionable con Jorge Guillén—, «Nacimiento del día», cantan con precisión los momentos excelsos del paisaje natural. El último de los señalados recoge la gravitación que ejerce sobre el ánimo del autor la brillantez de un amanecer en un soneto de estructura clásica impecable (pág. 309):

Una ola. Qué desperezo oscuro.
Se desmorona en claridad. El día.
El abandono de la arena exige
Fiel precisión al gozo de mi encuentro.

Mis ojos me sitúan, me conducen
A un mundo alboreado y ya creciente.
La realidad, ceñida a su contorno,
Prolonga sus raíces triangulares.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

Despertar. Ascender. Sobresalir
Del túmulo compacto de la noche
Renace en mí, de nuevo, niño el viento.

Y entre espumas de sábanas y olas,
Que inhábil turbulencia, aun sin racimos,
Gime en los senos trémulos del alba.

La contemplación de la naturaleza nos presenta al poeta asombrado ante sus formas y colores como ocurre en el poema «Fruta en el árbol», soneto en el que el poeta nos ofrece una sensual contemplación que culmina en la alusión bíblica del terceto último. En realidad, tales asociaciones (contemplación, meditación personal) son frecuentes en Valdivieso que siempre tiende a la trascendentalización de lo cotidiano.

Tales efectos son los que se perciben en su poema «El viento», extenso romance endecasílabo insólito en el poeta. Se advierte, en la contemplación natural, un cierto panteísmo y divinización del viento que todo lo puede (pág. 331):

El viento se me acerca, habla a mi oído,
me regala una flor, pone los peces
al alcance del gozo y de la mano,
vuela sobre los tibios y los fieles,
me cuenta los apuros de la rosa
para escapar al frío de la nieve.
Ella tan femenina, tan sin armas,
tan compendio de amor, tan inocente.
La voz del sexo y su misericordia
que ama a los que sufren, lo que pierden.
El viento me lo va contando todo.
Quiere seguir hablando y ya no puede.

Una novedad temática de especial interés presenta *Formas de la luz*: la presencia de los animales en la creación de Valdivieso. Desde un «Responso a una paloma muerta» a un poema amplio, «Los animales», el poeta nos ofrece una nueva perspectiva de su lírica, relacionable, en el caso del «Responso» con una tradición elegíaca animalística, en la que figura Unamuno con un poema extraordinario. Valdivieso, en su poema, concede un cierto sentido trascendente al ver en la paloma el símbolo de la virginidad y en su muerte el del dolor colectivo. Las preguntas sobre el más allá de las aves pertenecen a una tradición aquí aplicada a los animales, tradición que adquiere una dimensión universal culminada en el alejandrino colofón del poema, sentencioso y lapidario (pág. 296):

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

La muerte es un silencio continuo de paloma.

«Los animales», por su parte, es un poema compuesto de cuatro composiciones dependientes y relacionadas pero distintas en su forma. Su tema es marcadamente simbólico y su signo más definitivo es el paso de la creación a la muerte.

La presencia de preocupaciones definitivas sobre el ser humano, que venimos anotando en otros libros, puede ser señalada también en éste, lo que le concede un talante muy similar al de los otros libros, tanto en su variedad temática como en su distinto tono espiritual.

La muerte y, en concreto, la visión de una calavera, ponen en relación a Valdivieso con poetas de otro tiempo. En el caso de la décima «Una calavera» el recuerdo del poema de Lope «A una calavera de mujer» es inmediato, aunque la posición de Valdivieso no sea barroca totalmente, sino de escepticismo contemplativo, de serena reflexión del paso del tiempo (pág. 312):

Abstracta y sin primavera.
Ya hueso sencillo y mondo
Que se pierde por el fondo
De una eternidad cualquiera.
Aquí, extinguida la hoguera,
El cuerpo deja su fruto
—Hueco, exacto, liso, enjuto—
Sin vías de tentación.
Estéril espectación
Del tiempo. Ahora absoluta.

En este mismo sentido, el poeta cierra su último libro con un bello soneto que titula «Confín», muy interesante como resumen de su poesía, de sus temas, de las preocupaciones que ha dejado ver a lo largo de su obra. El tema tradicional de la mutabilidad y carácter perecedero del mundo y de las cosas, y el amor a los objetos y aspectos más cotidianos de la existencia configuran toda su poesía, que siempre tiene la mirada puesta en una serena y meditada contemplación de Dios. Todos estos motivos y otros constituyen el epílogo de su obra que concentra en este bello soneto, convertido en el mejor colofón de estas notas sobre Miguel Valdivieso (pág. 337):

Hasta aquí llegó el hombre con las rosas,
el barro, la ventura y el ruido,
alegre de sentirse concebido
como los animales y las cosas.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

De hablar a las estrellas y las losas
de mi cielo y de mi patio a las que pido
sólo continuar lo que ya he sido
con un poco de Dios y otros de diosas.

¡Qué pequeño el espacio y qué pequeñas
las horas, si las vives o las sueñas
cuando van a morirse con el día!

Este epílogo os dejo (es casi nada)
de una vida sin odio y sin espada.
No diréis que no fue suerte la mía.

Epílogo que parece para su vida, y que lo fue para su obra. Para la obra de un poeta bueno, de un buen poeta que, con su personalidad ya inconfundible, con su poesía individualizada, entra con pleno derecho en el espacio cronológico y estilístico de la generación del 27.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"